

Sophie Scholl
¡viva la libertad!

Silvia Martínez-Markus



Director de la colección: Miguel Álvarez

© 2009, by Silvia Martínez-Markus y Editorial Casals, S.A.
Tel. 902 107 007
www.editorialcasals.com

Diseño de cubierta: Bassa & Trias
Fotografías: Aci, Aisa, Age-Fotostock, Album, Corbis, Getty Images
Agradecimientos: a la familia Sanz-Briz por la cesión de la fotografía de Ángel Sanz-Briz
Ilustraciones: Farrés, il·lustració editorial

Primera edición: mayo de 2012
ISBN: 978-84-218-5232-3
Depósito legal: B-13.901-2012
Printed in Spain
Impreso en

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo o por escrito de los titulares del *copyright*.

Índice

| | | |
|----------|---|------------|
| 1 | 1921, en un pueblito de Alemania | 3 |
| 2 | Las Juventudes Hitlerianas | 13 |
| 3 | ¡No me digas que es por la patria! | 23 |
| 4 | La Rosa Blanca | 45 |
| 5 | El viaje a Rusia | 59 |
| 6 | El drama de Stalingrado | 73 |
| 7 | Juicio ante el Tribunal Popular | 91 |
| 8 | 22 de febrero de 1943 | 101 |
| 9 | El día después | 109 |

1921, en un pueblito de Alemania

—Todo salió bien, es una nena hermosa —anunció la comadrona a Robert, cuando abandonó la habitación en la que ya descansaban la mamá y la recién nacida.

Robert se apoyó despacio en el respaldo de la silla. Respiró hondo. Había nacido su cuarta hija. Los momentos de espera durante los partos le producían siempre cierto desasosiego. Cerró los ojos y se le cruzaron por la memoria imágenes pasadas de temor y duda: él era más joven y empezaba en Europa la Gran Guerra de 1914. Todos los jóvenes se iban al frente, pero él se negó a alistarse: «No puedo matar a otros», repetía, cuando le preguntaban, arriesgándose a que lo fusilaran por insumiso. Por fin, lo mandaron a transportar heridos. Gracias a eso en el hospital militar había conocido a Magdalena, su esposa.

Enseguida buscó a sus otros tres hijos.

—¡Inge! ¡Hans! Tienen una nueva hermanita. ¡Vengan a verla!

A Elisabeth, que jugaba sentada en su cuna de madera, también le presentaron a la pequeña Sophie.

Ahora Robert era el alcalde de Forchtenberg, un tranquilo pueblo rodeado de bosques y junto al que fluía el río Kocher.

No tardaron en concretar el bautismo con el pastor protestante de la iglesia del pueblo. El 10 de julio toda la familia Scholl se reunió con gran alegría alrededor de la antigua pileta bautismal para celebrar el bautismo de Lina Sophie. Poco después la familia creció aún más con el nacimiento de Werner.

Los Scholl vivían en la municipalidad, un edificio grande y con dos siglos de antigüedad al que se entraba por una enorme puerta. Había sido construido sobre un lagar de vino.

A Sophie y sus hermanos les encantaba husmear por todas las habitaciones de la enorme casa.

—¡Sophie, ven, subamos a la buhardilla! —le decía Hans agarrándole la mano para ascender por la estrecha escalera.

Se asomaban por la ventana más alta del tejado y desde ahí contemplaban todo el pueblo y sus alrededores.

—¡Sophie, si miras con atención al fondo se ve el mar! —le dijo una tarde Hans.

—¡El mar! —contestó Sophie con los ojos llenos de entusiasmo. Y se esforzó todo lo que pudo por ver las olas azules. Pero sus ojos solo alcanzaban un mar de hojas verdes.

—¡Yo no veo nada, Hans! —dijo, después de un rato.

—Bueno, quizá hoy con la bruma solo se divisa Berlín —bromeó de nuevo Hans.

—¿Berlín?

Enseguida llevaron a Sophie al jardín de infante. Todo el pueblo se enorgullecía de ese jardín, la primera guardería de la región, a la que acudían alrededor de setenta chicos. Cuando llegaban a la mañana, se sentaban y la hermana Rosa tocaba el armonio, un órgano más chico. Todos los chicos aprendían a escuchar la música y también a cantar. Sophie se esforzaba por aprender la letra de las canciones, que después cantaba con sus hermanos mientras jugaban.

—¡Hoy ustedes son pobres pescadores y yo soy Loreley! —decía Sophie, refiriéndose a la conocida sirena del Rin que con sus cantos provocaba el naufragio de los barcos que se le acercaban.

Y mientras hacía que se peinaba el largo pelo rubio de Loreley, sentada sobre una piedra, cantaba:

*Sie kämmt es mit goldenem Kamme
Und singt ein Lied dabey;
Das hat eine wundersame,
Gewaltige Melodei.*

*Con un peine de oro ella al usar
canta una canción ensoñadora;
su melodía extraña al sonar
es intensamente abrumadora...*

—¿Conocen la historia de la hermosa Judit? —les preguntó un día la hermana Rosa, que les solía contar historias de la Biblia.

—Una mujer muy hermosa —contestó Ludwig, un chico con el pelo rubio.

—Bien, ¿pero no saben nada más? —indagó la hermana Rosa poniéndose la toca que cubría su pelo oscuro.

—¡Fue valiente! —dijo Annelise desde el otro extremo de la clase.

—Sí, fue una de las mujeres más valientes que se conocieron —empezó a contar la hermana Rosa con un tono de voz teatral—. ¡Escuchen! El malvado Nabucodonosor, rey de un gran imperio, atacó a los judíos con un colosal ejército mandado por el capitán Holofernes. Ciento veinte mil soldados y arqueros a caballo saqueaban las ciudades, asolaban los campos y secuestraban a las mujeres y los niños. El miedo y el terror invadió a los judíos —continuó la maestra bajando la voz—. Ellos clamaron a Dios y pidieron que los ayudara.

Los ojos asustados de los niños no se separaban de las palabras de la hermana Rosa.

—Pero en una pequeña ciudad asediada por el ejército, vivía Judit, una joven viuda muy hermosa, que un día se vistió con sus mejores trajes, se adornó el pelo con joyas y se dirigió al horrible campamento de Holofernes.

—Ooooooh... —susurraron los niños al unísono.

—Judit les dijo que había huido de su pueblo y pidió asilo. En cuanto la vio, Holofernes se enamoró de ella y la invitó a cenar. Ella dejó que Holofernes tomara y tomara y entonces... ¡Mañana se lo cuento! —concluyó.

—¡No! ¡No! ¡Hermana Rosa! ¡Por favor, ahora!

La maestra se hacía rogar.

—¡Bueno, bueno! Holofernes tomó tanto que se emborrachó y se durmió muy profundamente; entonces Judit sacó un cuchillo y... ¡le cortó la cabeza!

—¡Puaj, que asco! —dijo Anton.

—Judit metió la cabeza en un saco, volvió a su ciudad y la puso en un lugar donde todos la vieran. Cuando los soldados descubrieron en la mañana que habían asesinado a su capitán, huyeron lejos. Y así Dios no permitió que hirieran a los judíos, su pueblo elegido.

—¿Y por qué son los elegidos?

—Los judíos fueron el pueblo elegido por Dios para que de él naciera el Mesías, nuestro Salvador: Jesús —contestó la hermana Rosa.

Aquel día, mientras Sophie jugaba en el arenero, susurró con determinación:

—¡Yo cuando sea grande quiero ser como Judit!

Al salir de la escuela a menudo corría con sus hermanos hacia el jardín de la casa del pastor protestante para jugar con sus hijos.

—¡Hoy vamos a jugar a los casamientos! —decía Inge, la hermana mayor de Sophie.

—¡No! ¡A eso otra vez, no! —suplicaban los más chicos.

—¡Hoy se van a casar Sophie y Arnold! ¡Hans escribirá el texto, Sophie pintará el decorado y nosotros buscaremos trajes antiguos! —continuaba Inge.

—¡Qué horror!

También en este jardín, según la costumbre en Alemania, escondían las dos familias en Pascua los huevos pintados para que los niños los buscaran. A veces los adultos daban alguna pista:

—Tengo la impresión de que debajo de aquel tilo brilla algo.

A Robert le gustaba contarle al pastor cómo llevaba las gestiones para conseguir que el tren llegara al pueblo:

—No es fácil. No logré convencer a algunos de que el tren mejorará nuestras vidas. ¡El panadero me dijo el otro día que la mercadería se le llenaría de polvo cuando pasaran los vagones, que el pueblo perderá la tranquilidad! ¡No se dan cuenta de que vivimos en el siglo XX y no podemos vivir aislados! ¡Y tampoco quieren canalizar el agua! Pero como decía Goethe: «Resistir siempre a las fuerzas contrarias, doblegarme jamás; mostrarse poderosos invoca el auxilio de los dioses».

Junto al jardín del pastor se encontraban las ruinas de un castillo medieval, en el que los niños solo podían jugar acompañados de un adulto, porque los sótanos corrían el riesgo de derrumbarse. Los chicos del pueblo también se hacían casas y cabañas moviendo las antiguas piedras de su lugar, así que el papá de Sophie, como alcalde, hizo acordar las ruinas para conservarlas y evitar accidentes. De todos modos, se permitía su uso para representaciones de obras teatrales como, por ejemplo, cuando se inauguró la nueva línea de tren hasta el pueblo. Y también en otra ocasión los Scholl pudieron disfrutar de *El sueño de una noche de verano*.

—¡Papá! ¿Nos vas a llevar al teatro? —preguntó Sophie a su papá cuando entró en casa, mientras lo abrazaba—. ¡Sí! ¡Papá, por favor! Están adornando las ruinas con decenas de farolitos. Dice Hans que los van a prender a la noche.

—¡Por supuesto, tienen que conocer a Shakespeare en persona!

Cuando Sophie creció, ingresó en la antigua escuela del señor Müller, un hombre bajito, morocho y con bigote. Todos sus hermanos mayores ya estudiaban ahí y estaba contenta porque iba a la misma clase que Elisabeth. Sophie mostraba mucho interés por aprender, por tener más conocimientos sobre el mundo que la rodeaba, la naturaleza, los animales; pero también sobre las personas.

—Señor Hammel, ¿para qué nacemos las personas? ¿Cuál es nuestra misión acá? —preguntaba Sophie con curiosidad.

—¡Uf! ¡Vaya pregunta! Voy a intentar darte una respuesta pero lo entenderás mejor cuando pases al curso medio.

Sophie no se contentaba con cualquier explicación y sin rendirse le daba vueltas a las cosas.

—¡Eres la hija perfecta de Alemania, un pueblo de filósofos y poetas! —le decía su mamá.

La escuela se dividía en dos aulas: una para chicas y otra para chicos. Dentro de cada aula los alumnos se sentaban según la edad y el nivel de conocimientos: bajo, medio o alto.

Un día el señor Müller entró en clase y preguntó con voz severa:

—¡Elisabeth Scholl! ¿Es hoy el aniversario de tu nacimiento?

—Sí, señor —contestó ella.

—Hoy te toca pasar de curso; ya perteneces al nivel medio.

Elisabeth y Sophie se miraron. Sophie no se lo esperaba y contempló con asombro lleno de dolor como su hermana juntaba su material y cambiaba la primera fila

por la última, para unirse a las chicas más grandes. A Sophie le pareció una injusticia y, aunque era tímida, se levantó y, sin pensarlo dos veces, se acercó al señor Müller:

—Por favor, ¿no podría dejar a Elisabeth en la primera fila? Hoy es su cumpleaños y es buena estudiante.

—Tu hermana ya es grande. Ahora tiene que dejar su lugar a los más chicos. No te preocupes —contestó el serio director, arreglándose la corbata.

Una mañana de nieve Sophie se encontraba mal. Desde hacía unos días le dolía la garganta y cuando su mamá le puso el termómetro, el mercurio ascendió a 38 grados.

—¡Quédate en la cama, Sophie! Te voy a traer leche caliente —le dijo su mamá.

Dormía en la misma habitación que Inge y Elisabeth, que se prepararon para ir a la escuela. De pronto Sophie se incorporó y, sentada en la cama, empezó a escribir en un papel.

—¡Pero Sophie, si estás enferma ¿qué estás escribiendo ahora?! —le preguntó Inge.

—Mi testamento —contestó ella.

Los Scholl acudían todos los domingos a la iglesia. Magdalena, la mamá, era muy religiosa y desempeñaba distintos cargos en la parroquia. Sophie y sus hermanos acudían al servicio divino para niños. Para llegar ahí tenían que subir por un camino estrecho y empinado.

—¡Subir al Cielo también requiere esfuerzo! —animaba Hans a sus hermanas, que se quedaban atrás.

La mayor diversión llegaba en invierno con la nieve y el hielo, ya que este camino se congelaba y podían tirarse cuesta abajo deslizándose sobre la nieve con su trineo.

—Si tomamos mucho impulso pasaremos por delante de casa y conseguiremos llegar casi al río.

Era el mismo río que en verano se convertía en su lugar de juegos preferido. En sus aguas transparentes y frías Inge enseñó a nadar a Sophie.

—¿Te atreverías ya a atravesarlo?

—¡Sí!

Llegó el año 1929, que se recuerda en la historia como el año en que quebró la bolsa de Nueva York y se hizo patente una terrible crisis económica en todo el mundo. La situación en Alemania era deplorable desde hacía unos años, cuando perdieron la Primera Guerra Mundial, también llamada la Gran Guerra. Alemania debía pagar unas altas indemnizaciones que condujeron al país a la miseria: la moneda se devaluó hasta perder su valor —un dólar llegó a costar un billón de marcos—, por lo que resultaba casi imposible comprar alimentos y productos de primera necesidad; el número de desempleados aumentaba —más de seis millones— y las ciudades se poblaban de familias hambrientas. El pueblo vivía humillado por la derrota de su ejército, que se había creído el más poderoso de Europa.

Esta situación fue la semilla de grupos extremistas de derechas y de izquierdas y generó enfrentamientos armados entre ellos en las ciudades. Enseguida destacó el Partido Obrero Alemán, con su líder, Adolf Hitler, radical, ultraderechista y antisemita. Hitler, con discursos fáciles, sabía manejar a las masas populares desesperadas: la culpa de la situación alemana es de los extranjeros; los comunistas y los judíos invadirán el país; la raza aria ale-

mana es superior; la república y los partidos políticos restan fuerza a la nación. La empobrecida clase media creyó en sus palabras, y temerosa de la dictadura comunista, siguió a Hitler como si se tratara de un salvador.

Los Scholl abandonaron Forchtenberg por otro pueblo en 1930, y dos años después se mudaron a la ciudad de Ulm, donde su papá encontró trabajo.

Las Juventudes Hitlerianas

Durante los primeros meses en Ulm, Sophie entrañaba su anterior vida cerca del campo, el río, los bosques, los juegos al aire libre con sus amigas... pero de a poco se acostumbró a vivir en la ciudad, menos tranquila pero llena de alegre bullicio.

Un día de invierno en clase se enteró de que Hitler había sido nombrado canciller. Sophie no sabía mucho sobre él, pero al llegar a casa encontró a su papá enfadado, leyendo el periódico.

—¡¿Cómo puede ser que el pueblo haya votado a este personaje?! ¡Qué vergüenza! ¡Y dicen que ahora todo mejorará en Alemania!

Enseguida visitaron la escuela unas jóvenes de la Liga de Chicas Alemanas (BDM), la rama femenina de las Juventudes Hitlerianas (HJ). A Sophie le llamó la atención que todas fueran altas, rubias y muy guapas. Llevaban unos trajes marrones con camisas blancas.

—Seguro que muchas de ustedes se preguntarán por qué su familia vive de manera tan pobre, mientras los extranjeros (esa chusma del Este) y los judíos viven en la

abundancia y tiran lo que les sobra... —empezó diciendo la que parecía más grande y que vestía una camisa negra—. ¡El pueblo alemán, superior a cualquier pueblo conocido, fue humillado por los bolcheviques y por razas inferiores a la nuestra! ¿Aman su patria?

—¡Sí! —contestaron todas las chicas al unísono.

—¿Les gusta que pisen nuestra nación?

—¡No!

—¡Llegó la hora de actuar, de vivir para algo grande! Nuestro *führer*, Hitler, quiere que las jóvenes como nosotras construyamos una patria grande, hermosa, donde todos tengamos pan y felicidad. ¡Por eso estamos acá, para que nos ayuden a alcanzar ese objetivo! ¡Alemania es libre, estamos salvadas! —concluyó la chica, que recibió un gran aplauso de todas las alumnas de la clase.

Las miembros de la Liga de Chicas Alemanas concluyeron su presentación con un himno de letra pegadiza que se parecía a las antiguas canciones populares.

El entusiasmo de las chicas y chicos por las Juventudes Hitlerianas crecía cada día más. Se sentían atraídos por sus grandes ideales, himnos y cantos, tambores, colores, uniformes, y por su amor a la patria. Se sentían felices de pertenecer a un movimiento tan importante. Sophie y sus hermanos, como todos los chicos de su edad, también. Sophie solo se preguntaba por qué su amiga Luise Natham, judía, no podía pertenecer a la Liga:

—¿Qué significa ser ario? —Se preguntaba Sophie— ¿Por qué ella que es rubia y tiene ojos azules no puede ser de la Liga, mientras que yo, que soy morena y tengo los ojos oscuros, sí?

Robert y Magdalena Scholl se habían propuesto desde el principio educar a sus hijos en libertad. Pero el papá de Sophie no perdía la oportunidad de decirles lo que pensaba de las Juventudes Hitlerianas:

—Hitler es como el flautista de Hamelin, que con su música engatusa a los chicos para que se vayan con él y los lleva derechos al río, para que se ahoguen.

—¡Papá! ¡No seas antiguo! ¡Solo nos vamos de *camping* a las montañas! Cantamos, bailamos, leemos libros... —contestaban entusiasmados.

—¿Libros?! ¡Hitler no leyó un libro en su vida! ¡Solo sabe quemarlos!

A Hans, el hermano mayor, le molestaban las advertencias de su papá sobre las Juventudes Hitlerianas. Cuanto más se enojaba su papá, más defendía a sus compañeros.

Una tarde que Hans volvía de un desfile, su papá se le acercó y le dijo:

—Hans, eres un muchacho inteligente, no les creas, son guías de lobos y maltratan a nuestro pueblo. ¡Lo que tú encuentras ahí no es el verdadero pueblo alemán!

—Papá, no empieces otra vez con lo mismo. Hitler cumplió sus promesas.

—¡Ja! ¿Qué promesas? ¿Terminar con todos los judíos?

—Lo de los judíos es una exageración. Hitler solo quiere lo mejor para nuestra nación. Y, por ejemplo, bajó el desempleo.

—Sí, porque los desempleados trabajan ahora haciendo armas, en la industria de la guerra. Hans, te voy a decir una cosa que no debes olvidar: el hombre no es como el ganado que se contenta con tener la panza llena. Solo lo material no

nos hace felices. Para respirar necesitamos libertad y derechos. Con Hitler nunca los vamos a tener —concluyó Robert.

Durante unos días de *camping*, Sophie escuchó algo que le llamó la atención. Estaba acostada en la carpa con sus compañeras. Estaban agotadas después de una larga excursión en bicicleta por el bosque. Una de las chicas de pronto dijo:

—¡Todo es tan lindo! Solo me desagrada lo de los judíos, tener que gritar por las calles «¡Perezcan, judíos!»

Se hizo el silencio en el interior de la carpa. Entonces una de las *führerin* de su grupo contestó muy seria:

—Los judíos son ajenos e inferiores a nuestra raza y nuestra nación. Hitler sabe lo que hace y estamos obligadas a aceptar lo duro y lo incomprensible por amor a las cosas grandes.

—No me parece bien —replicó la chica.

—¡A mí tampoco! —añadió otra.

—¡Insolentes! ¡No saben lo que dicen! ¡Voy a hablar con sus padres! —dijo la *führerin* con un grito.

Sophie pensó en lo sucedido durante esa noche. ¿Por qué no podemos decir en libertad lo que pensamos?

Más desagradable fue la impresión que se llevó cuando le aseguraron que el poema alemán de Loreley, que ella cantaba de pequeña, no lo había escrito Heinrich Heine:

—Ese apuesto judío era incapaz de escribir una frase seguida. Nadie duda de que es anónimo.

—Si no conoces a Heinrich Heine, no conoces la literatura alemana —contestaba Sophie.

Pero no solo Sophie descubría ya lo negativo de las Juventudes Hitlerianas. También Hans, que era abande-

rado de su escuadrón, empezaba a sentir cierto desencanto. Todo empezó cuando Hans propuso a sus compañeros cantar canciones acompañados de la guitarra. Después de entonar varias melodías alemanas, sacó un cuadernito en el que había recopilado canciones de diversos países de Europa.

—¿Les gustaría escuchar una canción popular noruega o rusa? —preguntó, disponiéndose a tocar.

Entonces el capitán de su escuadrón le espetó:

—¿No sabes que está prohibido cantar canciones extranjeras? ¿Quieres promocionar a esos rojos bolcheviques o que todos nos aprendamos esos estúpidos himnos de unos bárbaros nórdicos?

Hans dejó de mirar la guitarra para fijar sorprendido sus ojos en el capitán. Le parecía una prohibición tan ridícula que soltó una fuerte carcajada.

—¡Johannes Scholl, si no te comportas como corresponde a un joven servidor de nuestra nación, serás severamente castigado! —le amenazó.

No había pasado ni un día cuando se encontró de nuevo con el capitán. Hans llevaba debajo del brazo varios libros, uno de ellos lo había escrito Stefan Zweig, su autor preferido, y se titulaba *Momentos estelares de la humanidad*. El capitán se detuvo frente a él.

—¡De nuevo leyendo! Veamos qué tienes acá...—dijo agarrando los libros.

—Goethe... Schiller... Bien. ¿Stefan Zweig? —preguntó moviendo el libro ligeramente.

—Es muy interesante.

—Este libro no es alemán, es porquería judía.